

La brisa del Atlántico

Diego Gris



A vosotras,
mis queridas compañeras

A ti, mi querido chaval:

Querido mío, hace meses que no nos vemos. Las semanas pasan despacio y apenas puedo moverme. Necesito escribirte, porque hoy es un día especial y mañana no sé donde estarán estos huesos.

Quisimos ser algo pero nos olvidamos de lo esencial. Por suerte, querido mio, hoy amanece otra vez más, en una ciudad sin cariño, rodeados de fábricas, edificios, grandes avenidas y rutinas desquiciantes que nos roban lo poco que nos queda de cariño e inocencia. En este viaje de ida y vuelta, con muchas derrotas pero también alguna que otra sabrosa victoria que guardamos en aquella vieja maleta, entre calcetines usados, relojes rotos y cartas que nunca llegaron a su destino.

La guerra siempre ha existido, por mucho que los disfraces de tu corazón intenten hacerte creer que jamás hubo ninguna. El lenguaje se ha esfumado, las palabras ya no nos pertenecen, y quizás, jamás nunca lo hicieron. Quien construye las frases construye el poder. Pero nosotras tampoco quisimos hablar el mismo idioma, pues sus vacías sentencias apenas decían nada a quienes tuvimos otra meta que la de comportarse como una más de esta cadena.

Hoy te escribo porque necesito contarte. Ya hemos vivido y ahora les toca a otras seguir su propio camino, querido mío. Estos párrafos nacen de la necesidad, de la urgente y necesaria sensación de querer que todo se transforme. Discutimos mucho, peleamos y resistimos, vimos demasiadas cosas, pero no las suficientes como para sentirnos realizadas. No te escribo esto para que lo consumas como un producto más con el que te sientas pleno y satisfecho, no te lo planteo como un objeto más con el que satisfacer tu absurdo vacío interior, ese que todas dejamos habitar en nuestras profundidades.

No quiero que estas palabras se tornen en un sofisticado anuncio de perfumes con el que soportar el nauseabundo olor de esta realidad. Aspiramos a más y quisimos verlo todo arder, para poder sembrar nuevas perspectivas, para que el cambio fuese real. Y hoy, solo nos queda el hermoso recuerdo de lo que un día compartimos juntas. De las madrugadas, los atardeceres, los esguinces y tu olor a lavanda fresca.

Pretendíamos llegar demasiado lejos, aunque los números, las estadísticas y las grandes cantidades no fueron los aspectos que nos produjeron interés a quienes aún seguimos viendo el brillo en lo común, a quienes aún sentimos la necesidad de recuperar aquello de lo que un día fuimos desposeídas. Lo que nos importó fue la esencia, el sabor reconfortante de unas prácticas y unas ideas que se cocinaban a fuego lento. Solo pretendíamos ser honestas, hablar sin pelos en la lengua, expresar lo que tantas otras sintieron pero no quisieron decir, por miedo o por comodidad.

Crecimos, en un estado de somnolencia, de asfixia permanente en la que la pregunta más importante no era si habría vida después de la muerte, sino antes. Perdimos demasiado (tiempo) en sus escuelas y así, aprendimos a tratarnos mal, así nos enseñaron a construir la realidad de nuestro exterior y las secuelas son ahora difíciles de borrar.

Cada mañana, cada madrugada, para ir a un trabajo de mierda, a un despacho, a una universidad, a una fábrica o a un centro comercial. Todo para poder comprar productos que no necesitábamos, todo para seguir haciendo más grande esta cadena infinita del mercado, esta rueda que giraba sin que pudiésemos detenerla.

A veces sentimos que en el fondo no fuimos tan distintos. Mutamos, sobrevivimos y peleamos. Nos presentamos, como otras hicieron, de diferentes maneras a lo largo de los siglos. Aparecimos alguna vez y nos volvimos a ir enseguida. Perdimos y fuimos derrotadas. El material genético de nuestra historia persiste como

el sonido del reloj, sin descanso, arrasando con todo lo que atrapa tras su paso.

Y hoy nos preguntamos qué es lo que nos queda. Y como la tercera ley de la dinámica, allí donde el poder surgió, la reacción se hizo evidente. Y así, nos perdimos entre la masa, buscando nuestro momento sin dejar que nuestras fuerzas se agotaran. Soñamos, conspiramos y tejimos juntos las telas que nos abrigaron en el frío del invierno, contra el arduo sabor amargo de su moral. Hoy, rodeadas de pantallas, muros y cadenas, seguimos buscando unas raíces que no sabemos ni siquiera donde se encuentran.

La tecnología nos hizo creer que éramos algo, la ciencia nos engañó con su dulce discurso y con su aburrido método. El poder, a través de la medicina y la psicología, nos arrebató el conocimiento de nuestros cuerpos, y la televisión aún sigue demasiado alta como para que podamos escucharnos. Sordas, mudas, ciegas ante su progreso, ante su razón, aquella que escaló hasta el podio del torneo para iluminar a aquellos que

sentían un oscuro vacío en sus adentros. Una incesante necesidad de catalogar, etiquetar y clasificar cualquier cosa existente, en un intento positivista de controlar el mundo.

Sentimos el fuego, la tortura, la persecución, pero también el calor y la complicidad de quienes aún respiraban a nuestro lado. Y nos dijimos con miradas aquello que no fuimos capaces de hacer con palabras. Encontramos la sonrisa en aquellas niñas que no madrugaron para ir al colegio y quisimos ser tantas cosas que al final perdimos el tiempo pensando en vez de haciendo. Culpables por habernos convertido en las víctimas, en nuestros propios verdugos.

Fuimos la complicidad de nuestros rostros cada vez que nos enfrentamos a la policía, o la vitalidad de aquellas abuelas que peleaban contra los agentes que custodiaban el barrio y perseguían a sus chavales. Fuimos aquellas que vimos motivos por los que caminar, aquellas que no se dieron por vencidas. Y subimos por aquellas escaleras con las que conseguimos entrar hasta dentro de sus

abandonados edificios, para que el fantasma de la propiedad que allí habitaba se fuese para siempre. Como aquellas mañanas de invierno, paseando y decorando los estáticos muros de sus facultades, entre sirenas, ajetreos y algún que otro extintor roto.

Fuimos la risa interna y cómplice cada vez que vimos a algún habitante robar en sus supermercados, saltarse la barrera del metro o colarse en el autobús. Y así, quisimos querernos porque veíamos algo en ello. Sentimos la adrenalina y nos enfrentamos a quienes quisieron abatirnos. Y tampoco salimos ilesas.

El poder no es un individuo aislado. Como una nube difusa, éste se multiplica y expande en numerosas grietas, en los grises confines de nuestra putrefacta sociedad. Ausente de caras, teje sus redes bajo la invisibilidad de su condición. Pero él también sintió los golpes, el también noto algunos puñetazos de desobediencia cada vez que no quisimos levantarnos para ir a trabajar porque preferíamos seguir durmiendo abrazados a

condenarnos otro día más. Las sonrisas de aquellos días en los que los maderos nos perseguían por los bares de la ciudad después de aquella manifestación. O como aquel momento en el que nos negamos a seguir sometidos, cada vez que nos fugamos de sus prisiones o por qué no, cada vez que conseguimos un botín en una caja fuerte de alta seguridad. Nada es infranqueable, todos los cofres tienen su debilidad, esa misma con la que se crearon, pues surgieron del miedo a perder lo que dentro guardaban. Los mares rugieron y sus naves fueron saqueadas.

Allí donde una comunidad resiste, allí donde se extienden los gritos de solidaridad, frente a la máquina. Nos convertimos en mercancía, en bienes con los que intercambiar las carencias que algún día nuestros enemigos crearon. Nos hicimos expertos de tantas técnicas que olvidamos la propia esencia de nuestro interior, mientras destruimos todo lo que se hallaba a nuestro paso. Y ahí donde la ciudad y el hormigón se expandió con una disciplina férrea, hubo semillas que brotaron como aire fresco de primavera.

Saboteamos sus fábricas en un intento lúddico por recuperarnos a nosotras mismas y quizás, por qué no, al resto.

Allá donde se instauró el dominio hacia otras especies, hubo algunas valientes que decidieron dejar de utilizarlas en su propio beneficio. Y vimos un poco de camino en aquellos animales que se escaparon de sus granjas, aquellos que tuvieron mejor suerte que la de sus compañeras. Aquel león que devoró a su domador y masticó lo que algún día fueron sus cadenas.

Como la historia de aquella vaca cincomiltrescientoscuaarentaysiete que saltó del camión que iba directo hacia el matadero, aquel animal que no quiso ser un mero pedazo de carne cocinado en un piso universitario de la periferia. Pues ya tuvo que soportar demasiado cuando se llevaron a sus hijos para que algún obrero de un barrio marginal pudiese tomarse un asqueroso helado mientras veía el noticiario de después de cenar.

Allí donde se implantó la fe y la esperanza sobre un más allá que pudiera suplir las carencias que la vida iba generando, creamos la deserción de la magia, del caos y de la brujería. Y así, poco a poco fuimos asumiendo que nuestros cuerpos no se podían juntar. Así aprendimos a no querernos, a separarnos, a sentir asco de nosotras mismas y de las demás. Esa era su finalidad, que la distancia rompiera los lazos que algún día fueron reales. Pero no pudieron hacerlos desaparecer por completo del mapa. Solo los situaron sobre lugares pocos accesibles que no eran mostrados en su papel y que hoy en día seguimos intentando encontrar. Espero que sientas lo mismo.

Navegamos por ríos de sangre, mientras nos matábamos entre nosotras bajo la cruel y sádica risa de quienes en la retaguardia dirigían nuestros hilos. Y con la llegada de ilustraciones y razones, llegó también la síntesis de nuestro pensamiento. Cada mente es fruto de su época decían por algún lugar.

Pero pronto nos cansamos de sus universidades y quisimos construir algo propio. Y tal vez no supimos hacerlo bien, porque la tinta con la que escribíamos aún estaba llena de colores que no necesitábamos. Quisimos ser fuertes pero nos olvidamos de las cosas fundamentales, de lo que teníamos a nuestro lado. Lo esencial se mantenía peligrosamente invisible y quisimos ver fuera lo que dentro no aceptábamos asumir. Quisimos escribir con palabras lo que necesitábamos contar, pero cogimos el diccionario equivocado, pues jamás tuvimos uno propio.

Y buscamos en profetas aquello que no pudimos cantar en nuestro coro. Salvadores que dijeran lo que ninguna nos atrevíamos a conjugar de manera colectiva, a vendernos una falsa liberación que solo ellos podían llevar a cabo. Aunque siempre, por suerte, hubo mentes que buscaron sus propios adjetivos. Y hoy no podemos más que sentir una fuerte conexión con los gestos de quienes hicieron de sus días algo más sentido, algo más honesto.

Fuimos la complicidad de los ojos que se cruzaron tras las capuchas, el olor a plástico quemado que ardió en nuestro cerebro. Las explosiones de nuestros disturbios mentales para conseguir de una vez por todas expulsar a los policías que buscaban un hueco en nuestras cavidades interiores, en los recovecos de nuestra comodidad.

Como esos cuerpos que se mezclaron en los baños de una gasolinera cualquiera, o los labios que se rozaron sin miedo bajo la atónita mirada de los ciudadanos acomodados en su rutina pestilente. Todos esos culos que se abrieron para dar paso a nuevas formas de autoconocernos y las risas fugitivas que se escucharon cuando vimos a aquel macho de turno sentir sus privilegios amenazados bajo nuestra loca mirada salvaje y desafiante. La valentía de aquellas chavalas con polla, aquellos chavales con coño, aquellas historias invisibles de quienes hicieron de sus relaciones amorosas una lucha política, no un mero fluir de mercancías ni de consumo hedonista. Aquellas chicas que no necesitaron a un hombre para tener un orgasmo y aquellos hombres

que no quisieron favorecerse de sus privilegios. Nosotras jamás sentimos nada por mantenernos estáticos en una dicotomía asquerosa de control y sumisión. La vida es algo más.

Nos cansamos de ser víctimas e intentamos atacar, porque devolver los golpes era la única manera que teníamos de poder, de una vez por todas, vengar a quienes nunca pudieron hacerlo. Follamos y nos quisimos, porque para nosotras era subversivo, porque amarse lo es, armarse de valor, de confianza, de afecto. Una vez leímos en un lindo panfleto rosa que Marx y Lenin nunca follaron como nosotras lo hicimos, dónde quisimos añadir a Bakunin, Kropotkin o Federica Montseny, por qué no. Pero tampoco entendimos el sexo como una mera cantidad, un mero número, un espectáculo de fin de semana dentro de unos moldes de consumo y tolerancia, de búsqueda de carnaza con la que satisfacer otras carencias.

Hablábamos de nuevas búsquedas y formas de relacionarnos, de un amor libre de jerarquías, roles de género, autoridades y plenamente lleno de

placer compartido. Pues jamás obtuvimos nada de estúpidos bailes de máscaras entre desconocidos en un sábado de octubre, rodeados de focos, polvos y destilados en una ciudad cualquiera. Para nosotras era algo más, quisimos el todo porque la nada no nos era suficiente.

Leímos demasiado y tal vez perdimos otras cosas. Nos camuflamos entre los cómodos pasajes de los libros que decían lo que queríamos escuchar. Para sentirnos seguras y que la traición de nuestras ideas no se hiciera real. Y vibramos sin notas, buscando nuevas melodías para que la cadencia fuese apasionante, pero predominaba el silencio apabullante del barullo cotidiano. Y encontramos algo de sonido y adrenalina en aquellas asambleas interminables que poco a poco iban siendo abandonadas a su suerte. Aquellos momentos de afinidad y común.

Nos dijeron lo que estaba bien, lo que estaba mal y lo que no estaba. Pero nunca nos dijimos lo que queríamos ser. La música de su moral estaba tan alta que no pudimos escuchar lo que nuestros

instintos nos otorgaban, y el juego del vacío se volvió normalidad. Construimos una cárcel en los confines de nuestro interior, mientras las paredes se oxidaron entre frases de suspiro. Como la alegría de aquellos ojos que observaron su catástrofe, que se volvieron cómplices de mensajes rasgados con tinta en los muros de un barrio marginal. Aquellas verdades colectivas, los últimos resquicios de lo común, las anónimas poesías que brillaron con luz propia para decirnos algo, para contarnos lo que sus pantallas jamás pudieron decirnos, lo que nadie se atrevió a enunciar en sus diarios.

Con pastillas, con maquillaje, con una purpurina que se vendía cara, que lucía mucho pero no aguantaba demasiado el roce de la verdad. Y al final, como una fuga en una tubería, las heridas siempre salen a la luz. Balances de daños, entre bibliotecas y barricadas. Fuimos las cizallas que rompieron sus candados, la silicona que cerró sus puertas y detuvo por un instante la agonía de nuestras cadenas. Porque no queríamos tener que seguir soportándolas ni un solo día más.

Sintieron nuestros gritos en las calles, mientras reían bajo una extraña sensación de miedo a perder sus privilegios. Y supieron engañarnos con dulces caramelos y colorantes artificiales. Y así, algunas de nosotras aceptaron su envoltorio, se esforzaron por aprender su idioma y nos abandonaron a la deriva. Como si nunca hubiésemos estado juntas. Por suerte, otras preferimos no dejarnos vencer, aunque nos quedásemos solas, naufragando y sin mapas.

Buscamos en las basuras los restos de una sociedad enferma, mientras intentábamos asumir que lo que allí encontrábamos no era más que la consecuencia de un mercado asesino y hambriento. Pero era la única manera de no tener que ir a trabajar cada semana, cada mañana. Y nos sentimos independientes, pero siempre pendientes de aquello que en el fondo seguía cosido al abrigo de nuestras ideas. Y así nos conocimos, nos cruzamos y construimos algo más que lo que nos pudieron ofrecer las estúpidas páginas de los catálogos del Ikea.

Porque tampoco queríamos perder nuestros minutos en peleas absurdas a través de una pantalla. Eso no era lo que necesitamos, porque al fin y al cabo, carecía de realidad, carecía de calor. ¿Cómo es posible conectar dos mentes si ni siquiera pueden estar cercanas?

Algunas se sintieron atacadas con nuestros comentarios y su dedo acusador hizo brotar de nuevo dicotomías, inquisiciones y hogueras. Nos llamaron infantiles, parásitas, desordenadas y violentas, porque sintieron amenazados los privilegios en los que se sustentaba su propia condena, la violenta cadena de la derrota muda que golpeaba sus espaldas cada cinco minutos. Pero nos dio igual, sabíamos que ese juego no era lo que queríamos, y por eso no quisimos jugar más partidas.

Chocamos con el consuelo de querer sentir el alivio de quien busca el cambio y no encuentra nada más que la autocomplacencia. Y así, nos hicimos viejas, las arrugas se apoderaron de nuestra piel, pero el pulso de nuestros corazones

se mantuvo firme y latente. Porque aún recordamos aquellas historias, las de aquellos días cuando los ricos sintieron el miedo corriendo despavoridos en medio del caos y la dinamita. Aquellas historias que hoy no son más que leyendas oxidadas de algún resquicio de libertad que aún permanece vivo en nuestros adentros. Quizás vuelvan a repetirse pronto.

Al menos quisimos estar vivas antes de morir. Y eso fue lo más importante, lo que siempre intentamos recordar cada anochecer.

Mirar para otro lado, hacer como si nada pasara. Esa historia infinita carente de final. Y nos dijeron que todo era inútil, que no habría mañana. Pero nuestras testarudas cabezas no pudieron soportar el silencio de su inmovilismo, de su estática miseria. Y así, nos posicionamos, porque no hacerlo significaba traicionarse, a una misma y a todas las demás.

Pero pronto nos volvieron a señalar, nos hicieron aceptar que nuestra vida no se ajustaba a

lo que llevaban nuestros pensamientos más profundos. Y tenían razón. Solo razón, porque de sentimiento carecían bastante. Razón, porque en un mundo tan frío, con tantas barreras y trabas, mantener unas prácticas cercanas a unas ideas rebeldes era algo, tal vez, inabarcable. Pero nosotras solamente vimos la incoherencia en la sumisión y en las cabezas agachadas. Vimos el abandono de lo que considerábamos bello en aquellos corazones que jamás levantaron su mirada, en aquellos que se dieron por vencidos, derrotadas en su inestable trono de papel. Pues asumir y tragar fue la peor de las miserias, el peor de los fracasos.

¿Cómo pudisteis renunciar a lo que erais?
¿Cómo pudisteis callar lo que sentíais solo por una maldita comodidad inexistente? Si no sueñas es que eres idiota, decían algunas páginas de libros polvorientos. Y si no crees en lo imposible, lo posible se tornará algo fugaz, inexistente, vacío.

¿Aún necesitas más motivos, aún necesitas más razones? Seres oxidados por el fétido elixir de la

comodidad, perdidos entre absurdas conversaciones de barras de bar en una tarde de martes. Hundidos entre tiendas, escaparates y calles que algún día fueron algo verdaderamente habitable. Quisimos vivir como pensábamos, porque era la única forma de no acabar pensando como vivíamos. Y a pesar de todo, de tanta miseria, supimos encontrar un pequeño hueco común de afecto y afinidad junto a nuestras compañeras.

Esquivamos sus beneficios, porque la vida era algo más. Y preferimos el crudo sabor de lo verdadero que los artificiosos añadidos de la triste comida que la existencia nos ofreció. Porque nunca nos gustó que otras cocinaran por nosotras y tal vez esa fue nuestra mejor receta. Quisimos compartirla, pero los ingredientes nos fueron difíciles de encontrar en sus inmensos estantes. Tampoco quisimos ser sirvientas de huéspedes y turistas adinerados consumiendo nuevas geografías.

Porque tuvimos demasiadas dudas. Pues nunca supimos resolverlas como hubiésemos querido. Pero no encontramos otra alternativa, algo que nos alimentara más, que hiciera de nuestros días un momento agradable. Y preferimos el gusto de aquello que no sabía de aderezos con los que disfrazar nuestro paladar, porque lo importante era sentirse pleno, no disfrazado.

Fuimos las lágrimas de aquel chaval que no aprobó el examen con el que siempre le aburrían. Aquella frustración por no ser lo que nuestras familias siempre esperaron de nosotras. Entre las miradas ingobernables de quienes supieron trazar su propio ritmo, de aquellas que conspiraron en noches de niebla bajo el dulce aroma del café expropiado de algún supermercado del centro de la ciudad.

Lanzamos adoquines, porque no teníamos certeza de que hubiese ninguna playa y solo disfrutamos del efímero momento en el que pudimos sentirnos vivas mientras hacíamos correr a los señores uniformados entre el fuego y las llamas de un

mundo que avanzaba hacia el colapso. Y llegaron los golpes, la cara amarga del conflicto, en un intento de asumir las consecuencias del enfrentamiento.

Fuimos el aroma de las alcantarillas, de aquellas reuniones secretas en sótanos de ultratumba. Conspiramos bajo el humo que asesinaba nuestra energía y la de nuestras afines, entre ilegalismos, discusiones y clandestinidad. Bajo la humedad de las grietas del sistema, en tantas noches, en tantas casas, locales, edificios y espacios de lúgubre apariencia. Y así, nos contagiamos de las fragancias del ruido y la juventud suburbana de los barrios de Inglaterra. Supimos transformar nuestras ideas, pero sin perder su deliciosa esencia de fresca primavera. Cambiaban las tácticas pero no los fines.

Fuimos aquellas niñas que no quisieron jugar a las muñecas, ni soñar con ser la princesa de ningún estúpido amargado. Aquellos niños que les pidieron a sus padres un vestido y un pintalabios

para su cumpleaños, teniendo que soportar los gritos y los insultos de aquellas personas que supuestamente los querían.

Y soñamos con ser algo, piratas sin rumbo en un océano salvaje, infinito y revuelto. Como todos los puñetazos que nuestros rostros recibieron en las mañanas de marzo, como todas las ilusiones que fueron robadas por el miedo. Y así, nos convertimos en los caníbales perfectos, devorando a quienes trazaban sus propias reglas del juego. Fagocitando y destruyendo cualquier gesto de ayuda, cualquier intento solidario de vencer el aislamiento en el que nos encontrábamos inmersas. Nos conformamos con la paz perfectamente edificada de los pilares de su convento, una construcción sutil que hizo que la comodidad y la sumisión fuesen la gasolina que quemó nuestros propios deseos.

El entramado de un mundo en el que lo más fácil era huir de la realidad, porque enfrentarse a ella suponía remover la mierda que sus depósitos guardaban. Un cadáver de angustia y

desesperación que solo se ocultaba y disfrazaba con las píldoras de evasión y placer empaquetado que quienes nos gobernaron nos brindaron en su intento por mercantilizar lo que un día fue algo colectivo. Como si no pasara nada, como si todo hubiese sido siempre así. Y mientras tanto, nos creímos algo bajo una nueva cárcel, bajo la prisión de nuestras relaciones. Cómo si el hecho de ser nosotras mismas las víctimas nos hubiera convertido en las culpables del todo. De ese todo que excluye, olvida y disocia cualquier intento de complicidad y confrontación real. De cada vida silenciada bajo los muros del extrarradio, de las prisiones, psiquiátricos, centros de menores, granjas y otros lugares donde el dolor, sustento principal de nuestra cadena de consumo, quedó oculto y desenfocado de nuestros problemas cotidianos. Y así, mirando para otro lado, asumimos el papel de nuestra derrota, la de los felices ciudadanos que desean una nueva dosis de castigo y por la que se sienten demasiado agradecidos.

Y no supimos consolarnos, nuestra necesidad era insaciable. Ni todas sus tarjetas, ni sus viajes de verano, ni sus noches de discotecas, ni toda su mercancía, fueron capaces de satisfacer ni un solo minuto nuestro gran vacío existencial, nuestra inminente angustia vital que aceleraba y se multiplicaba a pasos agigantados. Aquella aburrida superficialidad, la de demostrar lo que eras mediante discursos prefabricados y no con acciones verdaderas. La condena de compartir tus triunfos de manera pública tras una pantalla, conectados, o más bien condenados, por el flujo virtual del teclado, la apariencia y los intercambios inertes.

Fuimos así obligados a esconder la tristeza de nuestras cabezas, porque sentirse insegura, sentirse mal, sentirse distante, no era algo que el poder pudiese permitir mostrar a las mentes de sus súbditos. Ante todo, las consecuencias, las enfermedades que este sistema generaba, tenían que ser tapadas, pues se debía a toda costa mantener bien cerrada la grieta, para impedir así que se derrumbasen los edificios en donde se sustentaban su producción y sus privilegios.

Y así es como nos hicieron creer que todo lo que sentíamos estaba mal. De cómo la enfermedad se había apoderado de nuestros cuerpos, de nuestras cabezas. Y domesticaron las pasiones, catalogando todo aquello que en otras épocas carecía de conceptos y etiquetas en las que ser atrapado. Y muchas fueron las voces que se alzaron en tantas páginas para intentar deconstruir aquello que el yugo del poder intentó forjar y consiguió con éxito de acero en su incandescente trabajo.

La locura se convirtió en el mecanismo perfecto para dominarnos a todas, y así, hacernos sentir como el gendarme de nuestros instintos. Fuimos también la arcada y el malestar de nuestros estómagos al observar a un nuevo policía vestido de ciudadano, señalando con el dedo el delito del otro, la frustración de quien no consiguió realizar con plenitud sus propios deseos.

Y así, entre envidias, murmullos y sentencias, fuimos construyendo los tribunales de nuestra cotidianidad, aquella en la que los jueces se

vistieron con nuestros propios trajes de lo correcto y lo normal. Así fue como el poder se desligó entonces de una cara visible, de un rostro al que acusar, señalar y por tanto atacar. Con nuestro enemigo instalado tan dentro de lo que éramos, era más difícil acabar con él sin generar disturbios en nuestros cómodos vestigios y creencias.

Y no nos vamos a engañar, todas aquí buscábamos algo donde sentirnos bien en la realidad que nos sometía. Algunas lo encontramos en la lucha, en el placer de la revuelta, en la sensación de plenitud del enfrentamiento real, frente a lo que nos aprieta.

Otras prefirieron dedicarse a escribir canciones, a pasear los domingos por el centro de la ciudad, a tener una familia con la que sentirse realizadas, a celebrar su cumpleaños en un centro comercial o simplemente a joder al resto para que su frustración por sentirse una mierda fuese un poco más soportable.

Cultivamos, sembramos y buscamos desesperadamente la manera de ser independientes de sus redes de consumo. Y algunas nos escapamos de las ciudades que nos consumían, para intentar que la tierra nos acogiera con cariño como nunca el asfalto supo hacerlo. Leímos muchos libros, quizás demasiados y tal vez por eso nos olvidamos de los problemas reales, mientras gastamos nuestro tiempo entre párrafos y duras digestiones teóricas. Nos perdimos y consolamos con aquellos fragmentos que hacen reír al cerebro, estremecer a las entrañas y acariciar a las tripas como agridulces mariposas que golpean el estómago. Abrazamos la anarquía, pero pronto se nos escapo de las manos, tras un beso que supo a poco pero que nos dejó con una gran sonrisa en la cara.

Nos llegaron las noticias de los comités invisibles, nos dejamos atrapar por las preciosas ideas que nos propusieron las cabezas crimentales del norte del continente americano, vimos un foco de luz en el situacionismo del siglo pasado y tal vez, quizás tal vez, nos enganchamos a la dosis

que la postmodernidad nos ofreció en su nueva visión del mundo. Afilamos nuestras vidas y nos sentimos comprendidas en unas pocas líneas insignificantes para la mayoría de la población y así, seguimos divagando entre las profundidades del debate y el conocimiento teórico, buscando las dosis de autocomplacencia que ninguna otra cosa nos podía regalar.

No queríamos permanecer estancadas y con el rechazo de las más reacias al cambio, quisimos superar las barreras en las que el pensamiento libertario se mantuvo durante tantas décadas. Y nos llamaron niñas, comeflores y no se que cuantas cosas más, pero nosotras nos sentimos orgullosas de ello y lo auto-afianzamos con más fuerza. No hubo insulto más ineficaz que del cual sus víctimas hicieron algo propio y reafirmaron con la cabeza alta, sin medias tintas.

Intentamos que tanta sobrecarga de información no acabase con lo que el corazón tenía que contarnos y por ello, tratamos a toda costa de cuestionar desde el plano personal lo que jamás

nos pudieron ofrecer las caducas y absurdas urnas de cristal. Aquello que jamás nos podrá brindar el aburrido y detestable juego de la política del poder, de la metafísica de la dominación. Pues siempre supimos que la vida se pasa demasiado rápido como para permitirse el lujo de esperar a que otras lo hagan por ti. Y no esperamos nada más que lo que teníamos en nuestro alrededor, ese era nuestro único campo de batalla. Bajo una perspectiva de ataque global, pero desde lo cotidiano. Así lo sentimos y así quisimos que se diesen las acciones.

Mantuvimos la ilusión por no perder las metas, la esperanza. Quisimos reapropiarnos del concepto en sí mismo para tirar abajo la doctrina del salvador, la fe y la caridad. Para nosotros era algo más, una visión optimista del mundo, una concepción del término sin la confianza en lo divino, sin la sumisión a una moral redentora, sin la construcción de un camino correcto para la salvación. Pues no encontramos ni en sus templos ni en su incienso nada más que miseria, control y esclavitud.

Los señalamos y dejamos bien claro que era lo que queríamos. Como una manera de desafiar la tiranía de su poder, una manera de decir en voz alta: aquí estamos y no vamos a rendirnos. No vais a conseguir someternos y no vais a hacernos pensar que nada es posible. Iconoclastas e indómitas, aquellas que todavía tenían un poco de sangre corriendo por su cuerpo. Hicimos del fin un medio y superamos sus consecuencias. Cuando todo parecía perdido siempre quedaban cosas a las que agarrarse.

Nos chocamos con muchos muros, incapaces de invitar a los espectadores a nuestra propia función. Divagamos sobre métodos, eficacia y cantidades, y quizás por ello, nos olvidamos de las cosas verdaderamente importantes, de lo esencial, de lo necesario. Buscamos la empatía en quienes estaban al otro lado y nos temblaron las piernas cada vez que no conseguimos superar nuestros propios límites, cada vez que no pudimos trazar una línea que nos conectara con aquellas que se mantenían lejos de nosotras.

Quisimos imitar la lógica de difusión y consumo que nos mantenía limitados, aquella misma que nos hacía ser pura imitación del modelo perfecto. Y tal vez ese fue nuestro gran fallo, esa fue nuestra derrota. Porque querer imitar aquello que deseas ver destruido es uno de los grandes errores que nos ha perseguido durante tantos siglos a todas las rebeldes del planeta. La historia de siempre, aquella que se repite en una nueva sobremesa de navidad, aquella aburrida tertulia entre brindis de champán y polvorones.

No quisimos tomar el poder, solamente acabar con él allá donde éste se nos presentó. Dejarlo plantado en cada cita, romper con él en una nueva relación complicada, desterrarlo, marginarlo, silenciarlo, atacarlo, para poder así devolver lo común a quienes fueron algún día desposeídas de todo. Y a veces quisimos ser la vanguardia, los conductores del viaje, y que nuestros alumnos estuviesen tranquilos y sin rechistar durante toda la excursión. Creíamos que nuestra visión nos otorgaba el poder de hacerlo de una manera correcta, pero a veces nos equivocamos bastante. Pero quien no se equivocó jamás pudo acertar, y

solo de los fallos se aprende, solo de los errores aprendimos a ganar alguna batalla.

Vimos la miseria y el dolor de nuestras carencias afectivas. Las de aquellos chavales cuyo único modelo de relacionarse con sus iguales era el que la televisión y sus despreciables iconos les ofrecían. Las consecuencias de una sociedad que no enseña a gestionar sus emociones, mientras atosiga y agobia con estúpidos exámenes de cálculo, química orgánica, sintaxis u ortografía.

Las secuelas de un mundo que se sustentaba de la falta de herramientas, de la carencia que sus habitantes teníamos en cuestiones tan vitales y directas. Al fin y al cabo, era uno de los mecanismos mentales más eficaces para seguir perpetuando todo lo existente. Una sociedad libre y sana exigía de relaciones libres y sanas. La toxicidad de lo que, si todavía hoy puede llamarse sociedad, fue la esencia de su devenir.

Hoy nos sentimos cansados, fatigadas, desilusionados, pero contentas a pesar de todo. Consecuentes de lo que somos y sin un ápice de rechazo a las ideas que un día abrazamos, aquellas que consideramos más justas, cuando el concepto de justicia ya había perdido todo su significado. Quizás nunca fue una palabra que nos perteneció, pero tampoco encontramos ninguna otra para hablar de lo que necesitábamos decir.

Mudas, envueltas en aquellas ideas que un día abrigamos con calor, humildad y honestidad. Todo pasó rápido, enseguida se acabó, y por ello, no quisimos tolerar el privilegio de no hacer nada. Aunque costase, aunque doliese. Mejor corazones insurrectos, llenos de fallos, dudas y fracasos, que cabezas sumisas, esclavizadas y rotas en cien mil pedazos. Buscamos en los hechos lo que las palabras jamás pudieron brindarnos y tratamos de recuperar los sustantivos necesarios para que los hechos nos regalasen una nueva revuelta total y completa. Quisimos ser algo, quisimos ser juntas. Quisimos bailar sobre sus ruinas, pero a veces nos sepultaron

Querido mío, no te rindas. Algunas ya lo hicieron y hoy no brillan por ninguna parte. Mis brazos ya no están fuertes, mis piernas no me permiten avanzar en el camino, mi mirada no logra abarcar nada lejano, pero aún mi corazón me recuerda que nada es imposible. Sus latidos me dibujan lo que algún día fui, porque pronto seré polvo, solo polvo bajo tierra que se pierde en las profundidades de la nada. Porque apenas me queda la brisa del atlántico, una humedad que entra hasta la cocina y se mezcla con el olor de un café que ni siquiera me despierta.

Mis dientes están viejos y doloridos, cansados de tragar el duro y superfluo sabor de la realidad, el gusto de sus consecuencias. Quizás los tuyos aún puedan comerse el mundo, aún puedan masticar la vida y morder con fuerza a quienes osan someterte. Pero querido, nunca te olvides de no devorar a aquellas que te rodean, a aquellas que sienten lo mismo que tú.

El otoño avanza, las hojas esparcen su aroma en los rincones de esta ciudad y las niñas vuelven a casa tras un aburrido día de escuela. Pero aún les queda la tarde, siempre les quedará la tarde, siempre les quedarán las plazas. El olor a castaña quemada se funde con el ruido de los tranvías, pero la gente ni siquiera es capaz de percibirlo. Caminan agachadas, sin apreciar el vuelo de las palomas y las golondrinas que esconden sus deseos entre las ramas de un árbol solitario.

Y todos los días parecen el mismo, aquí, en esta ciudad en la que un día nos amamos. Porque nunca quisimos lo que fuimos y por eso no fuimos lo que quisimos, ser. Querido mío, no te olvides de lo que eres. Eso es lo más importante.

Diego Gris

Lisboa, 16 de Noviembre de 2067

impulsoediciones.noblogs.org

Copia y difunde libremente

Este texto nació para que no se quedara estancado en ninguna estantería ni en ninguna carpeta de un ordenador. Su misión es otra, la de volar, fluir, esparcirse. Por ello sus editoras te animamos a que lo compartas, lo impulses y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Abajo la propiedad intelectual

impulso@riseup.net

